REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES
Editor: J. García Monge.

Vol. II | San José de Costa Rica, Miércoles 10 de Agosto de 1921 | Nº 28

CARTA DE NEW YORK

Oak Hill, Shoreham, Long Island, junio, 14 de 1921.

Señor don Joaquín García Monge.

San José de Costa Rica, Centro América.

Mi querido amigo:

Estoy pasando unos días de temporada en la quinta de la señorita Eugenia L. V. Geisenheimer, días maravillosos de esmeralda y de oro, perfectos, de junio, como los que cantó James Rusell Lowell en su *Vision of Sir Launfall.* El viento y los árboles —viento oloroso a mar y a madreselva, y laureles rosas, robles jóvenes, pinos y cipreses obscuros,—son toda mi preocupación; me hacen bien al alma como a los pulmones y me dan fuerza para creer que, una vez de nuevo en la ciudad, será cosa de poco rato terminar las páginas que sobre Blake aun me restan que enviarle. Si en vez de vagar por la playa o los jardines me doblo sobre la maquinita de escribir es, en primer lugar para decirle de parte de Miss Geisenheimer, que mucho le agradece su fina nota y que con gusto le obsequia su traducción de *The Child in the House* de Walter Pater. Me parece que ella le va a escribir diciéndole cosas sobre esa traducción, que de modestísimas rayan en lo no del todo cierto. Empéñase Eugenia en aparentar falta de cultura; pero Pedro Henríquez Ureña, de quien es ella amiga y admiradora, podrá decirle cómo es raro encontrar en estos Estados Unidos un tanto provincianos, damas que como ella, tengan mentalidad católica, gusto cosmopolita depurado, conocimiento fino de letras y de psicologías extranjeras. Escritora de profesión no lo es; me figuro que lo que ella teme es que se la tome como tal; su cultivo de la literatura es mero *sport* del intelecto, satisfacción íntima de gustos particulares y de ningún modo ofrecimiento al público. Sin embargo su tan recatado diletantismo hubiérase fácilmente convertido en ocupación profesional, de haber tenido ella que ganarse el pan cotidiano o si en su espíritu recogido y discreto hubiera clavado la tarántula de la ambición de laureles, su diente enloquecedor. Las traducciones, pues, que Ud. le pide, hízolas sin contemplar su publicación; pero una vez hechas no es justo que las esconda para vianda de ratones, sobre todo haciéndonos esas cosas tanta falta en castellano; y aunque ella proteste, hay que publicarlas.

También quiero enviarle un ejemplar de la sección literaria del *New York Times* del domingo pasado, en que aparece, en reproducción, un interesante artículo sobre los Estados Unidos, escrito por un chino culto. Me figuro que en Centro América las opiniones de ese celestial se leerán con curiosidad, tal vez con entusiasmo. Todos en Centro América, y quizás en el Continente entero, estamos pasando por una época de crítica de los yanques: los exaltados y los ignorantes, aférranse en ver nada de bueno en este pueblo; la opinión de tales, formada *a priori* o falta de pruebas, no merece consideración; pero entre los sobrios, los juiciosos, hay quienes pongan demasiada fe en las sentencias de Rodó, por ejemplo, y sinceramente crean, no sin cierto fondo de justificación, que falta a esta nación lo que el chino del artículo llama civilización o religión y que en la América Latina llamamos espiritualidad.

Querrámoslo o no, el hecho es, que para nuestra mala o buena suerte, los yanques son hoy por hoy quienes dan la pauta del progreso del mundo. En Centro América, la influencia yanque es inevitable. Aun quienes más acerbamente odian a este pueblo, viera Ud. qué impregnados están del espíritu yanque. Yo podría citarle muchos nombres de esclarecidos ciudadanos nuestros, yancófobos de pura sangre, quienes sin embargo es a los Estados Unidos adonde mandan a estudiar a sus hijos, es de Estados Unidos de donde con mayor credulidad importan sus opiniones, es al pueblo nórteamericano, en fin, al que tienen por supremo árbitro de todo, desde las modas divulgadas por las películas yanques y los *ragtimes* de la música vulgar de aquí, hasta las reputaciones literarias. La venta desenfrenada que ha tenido Blasco Ibáñez en los Estados Unidos, ha bastado para que un crítico tan sabio como Pedro Henríquez Ureña, saque a ese escritor de la clase de los novelistas eróticos, fáciles, populacheros, y lo ponga, con Pérez Galdós, por encima de todo grupo, aparte, *aloof;* todo por la fortuna del levantino en los Estados Unidos, sin la cual el dominicano no hubiera reparado en la otra cualidad a que atribuye el puesto que en su clasificación ocupa el novelista. Me refiero al prólogo de Pedro en la selección de las obras de José Moreno Villa (muy bueno), que publicó Ud. el año pasado. Pedro dice allí que más y más tiende al sur. ¿No será esa declinación más bien envejecimiento, busca de calor, que depuración del gusto? Pero fíjese Ud. como el buen éxito material en los Estados Unidos hace mencionable a Blasco Ibáñez en un estudio que ignora a Marquina!

A propósito de Blasco Ibáñez, su fortuna fué del Norte como la de Zamacois, otro bastardo de las musas, del Sur. Ambos no valen el papel en que se imprimen sus obras. Y créame Ud., el triunfo de Zamacois es el más sincero de los dos. Le aseguro que en la América Central hay quienes creen a Zamacois un genio; en los Estados Unidos ni por asomo se tiene, excepto en los anuncios de las casas editoras, a Blasco por tan grande. El renombre del valenciano es uno de los trastornos amargos de la guerra: se himna a don Vicente por la misma locura momentánea que hace que se ataque a

Romain Rolland. Se compran los libros de don Vicente por lo mismo que se derrocha en banderitas para tener los colores de los aliados en todas las ventanas, sentimentalismo, histeria. Pero la mayoría no sabe distinguir el pabellón del Brasil del de Rumania, ni a Blasco Ibáñez de la novelería barata de los magazines yanques. Los críticos juiciosos siempre aplauden a Blasco con reserva. Si Ud. les pregunta en la intimidad, como yo lo he hecho, su verdadera opinión de Blasco Ibáñez, le confesarán que muchos de sus libros no los han podido leer. Y si las preguntas son de una especie que interroguen si se cree al novelista de los *Cuatro Jinetes* de igual mérito que Henry James, Wells, Edith Wharton, Conrad, Anatole France, Romain Rolland o Hamsun, la respuesta es siempre NO, de ningún modo! con énfasis.

Hasta hace poco editábase aquí un interesante magazine *La France*, en el que se virtieron más de cien mil dólares en unos pocos meses, menos de un año, tratando de hacer una revista internacional de primer orden. Mucho me sorprendió leer en sus páginas desmesurados elogios de Blasco, y me apresuré a preguntarle a mi amiga, Margaret W. Watson, la redactora de esa revista y autora del artículo, su franca opinión del novelista—«Es un odioso, me dijo, de cara mantecosa, al parecer enemigo del jabón, de movimientos vulgares, que habla un francés de cocinero, de bodeguero, de qué sé yo qué vasco». — «Pero, Margaret, has escrito que hasta en su apariencia revela toque genial».—Pero eso, me respondió, ¿no era lo que nuestros lectores querían?» Bonita gracia! pensé para mí mismo.—«Y sus obras, Margaret, te han gustado».—Tantas veces he comenzado a leer a ese hombre, pero es imposibe que acabe ninguno de sus libros. Los he comprado todos».

Algo similar he sabido de boca de los críticos del *Post* y del *Times* de Nueva York.

A los Estados Unidos, pues, no los juzguemos por el dinero que hizo Blasco Ibáñez; porque intelectualmente aquí no causó impresión de ningún género ese señor. El honor más alto que obtuvo fué un grado de doctor en letras *ad honorem* de una «universidad» de esas que llama el interesante crítico americano, Mencken, «universidacitas-de-un-solo-edificio»...

En el artículo del chino, se nota, entre muchas cosas buenas y bien dichas, un sinnúmero de juicios injustificables. Lo que dice de Wilson, por ejemplo, es lo que dijo Nietzsche de Cristo. «El único cristiano murió en la cruz», es de *Así habló Zaratustra*. Hace muchos siglos todos nos venimos lamentando del olvido en que yacen el Decálogo de Moisés y el Sermón de la Montaña del Nazareno, a pesar de lo cual, son esas leyes y doctrinas vivas aún, imperecederas; y los ideales wilsonianos tienen y seguirán teniendo igual vida. Otro ejemplo es la selección que hace de Washington al buscar un gran hombre norteamericano. ¿Por qué no reparó en Lincoln? He aquí el moderno humano que encarna la sabiduría, la gentileza, la cortesía, que el chino busca y dice no encontrar entre los hombres de los Estados Unidos. Lincoln y no Washington es el ideal americano. Por otra parte, Sir Walter Raleigh y Sir Philip Sidney, no son ideales ingleses. En lo tocante a Shakespeare, nos imaginamos lo que pudo haber sido como hombre, pero no sabemos nada cierto de él sino que tenía amigos buenos bebedores. Amigos buenos bebedores los tenía Lincoln también, si eso vale algo; por ejemplo, el General Grant... ¿Y Wáshington, no era dueño de una fábrica de Whiskey? Paréceme que el padre de su patria no hubiera sido tan mal compañero de viaje a la Inglaterra isabelina o al Japón de las geishas. El Doctor Angel César Rivas me contaba el año pasado, que el gran Jorge, primero en la paz, primero en la guerra y primero en el corazón de sus conciudadanos, habíase enfermado de muerte a causa de haber retozado—¡a su edad!—con unas negritas muy lozanas. Esto no lo creo, pero tal vez interese saber a quienes quisieran que Washington no fuese considerado tan santulón como lo pinta el escritor chino.

De Emerson dice el chino que *ni siquiera* es del mismo rango que Platón. Es decir, juzga a Platón de un rango no el más elevado. ¿Y por qué se olvidaría de poner el nombre de Goethe al lado del de Shakespeare, Homero y Dante? ¿Y por qué, si la música, con la poesía, revelan la grandeza espiritual de los pueblos, olvídase del todo de poner a Alemania por sobre todos los pueblos de la tierra, *über alles*? ¿Inglaterra, qué nos ha dado en música?

En caballerosidad, España vale cien Albiones. Y si la civilización pudiese graduarse por los caballeros que un pueblo o una edad producen, en vez de por la suma total de los ideales realizados de una nación o de una época, por sobre Inglaterra pondríamos en civilización a nuestra América, con Miranda, con Bolívar, con Sucre, con San Martín, con O'Higgins...

La generosidad como característica de un pueblo vale mil veces más que las cortesías de un Sir Walter o de un Sir Philip. La generosidad nacional es algo singularmente yanque. Díganlo sino Bélgica, Francia, China misma.

Contra los ideales wilsonianos hubo una violenta reacción, natural, pero de ningún modo definitiva; porque los ideales enunciados por Wilson nacieron del corazón de este pueblo, y más que de Wilson fueron siempre, son y seguirán siendo, de la nación americana, al igual de los ideales de Lincoln.

Da tristeza ver cómo se desconoce a los Estados Unidos! En poesía viera usted ¡qué riqueza espiritual hay aquí! En pintura, ¿por qué aferrarnos en ver sólo las carátulas de las revistas baratas, pasando en alto la obra estupenda, genial, de los Albert Ryder, los Thomas Eakins, los Ralph Blakelock? En ciencia cuánto no han hecho los yanques! Acaso es más grande o mejor la civilización que produce un Walter Raleigh que la que nos da un Gorgas?

Dígame, ¿será cierto que en Guatemala hace poco se ofreció un premio gubernativo para el mejor ensayo sobre la obra de un tal comerciante en baratura, mal llamado «filósofo», que escribe bajo el nombre de Oliver Swett Marden? ¡Qué horror! Díceseme que tal acción del Ministerio de Instrucción Pública guatemalteco es un homenaje al idealismo norteamericano. Saludo perruno me parece a mí, ya que Marden está visto aquí con asco, como santulón que es. Supongo que en Guatemala, en el ministerio ese, se ignora del todo a Jorge Santayana, por ejemplo, quien, aunque español de origen y nacimiento, fué yanque, de la Nueva Inglaterra, por educación, elección, gusto e ideales. Estas cosas dan tristeza. Para quitármelas de encima me voy a ver el mar.

Afectísimo suyo,

SALOMÓN DE LA SELVA

POETAS COLOMBIANOS

ARCO IRIS

POR MIGUEL RASCH ISLA

TRAJE ROJO

I

Tu blancura de mármol de Carrara,
fulge bajo tu roja vestidura,
y me han hecho pensar traje y blancura,
en un clavel que a un lirio aprisionara.

Ante el ampo radioso de tu cara,
suele evocar mi mente la figura
de una límpida perla que fulgura
sobre un granate de belleza rara.

Tu cuerpo al ondular finge sangrienta
llamarada tenaz que, ávida, intenta
calcinar el plumón de tu cabello.

O hace pensar, si se levanta erguido,
en un gran cisne escultural, herido
por una mano bárbara en el cuello.

TRAJE CREMA

II

Cuando la tarde muere en la campaña,
la luz sobre el trigal tu traje imita;
tu traje es de un color de hoja marchita,
de un amarillo lánguido de caña.

Tiene también esa tersura extraña
de naranja en sazón que al labio incita;
tiene cambiantes de ámbar si se agita,
brillo de paja al sol, si el sol lo baña.

Al levantarte con triunfal decoro,
tu cuerpo es una estalacmita de oro,
o vívido topacio que se inflama.

Pero al verte la faz, bella y radiosa,
se piensa en una blanca mariposa
viva en la luz de amarillenta llama.

TRAJE NEGRO

III

Cuando, febril y trémula, te mueves
entre la seda de tu traje oscuro,
me pareces la imagen del Futuro,
pues no hay signo abismal que tú no lleves.

¡Y cómo con tu traje me conmueves!
Al ver tu rostro de alabastro puro,
evoco la leyenda y me figuro
que surge de un crespón Blanca de Nieves.

Puesto bajo la luz finge tu traje
esa vivaz tremulación furtiva
que en el agua lunar forma el ramaje.

Si te lanzas al vals, entonces toma
tu jubón con tu faz la actitud viva
de un cuervo extrangulando a una paloma.

TRAJE VERDE

IV

Nada como ese traje de pradera
que te convierte en onda submarina;
ataviada con él, luces la fina
esbeltez señoril de una palmera.

Eres como una corza prisionera
en un haz de verdura montesina;
o como Hada gemela en quien declina
su traje, de uva al sol, la Primavera.

Yo te miro con ansia y en mi anhelo,
no hallo del arte en el lenguaje vario
símil para las faces de tu falda.

Sin duda eres, oh Sílfide, el modelo
único porque puede un lapidario
darle forma de lira a una esmeralda.

TRAJE AZUL

V

Tiene tu vestidura el zafirino
y lánguido matiz de un agua mansa;
el que se acerca a ti sueña y descansa
como a orillas de un lago matutino.

Si se mueve tu cuerpo serpentino,
ella en volubles pliegues se remansa,
y cruje a media voz, con paulatino
rumor, como se apaga una romanza...

Al ver tu traje ondulador y vago
pienso que alguna noche diamantina
llegó a una fuente de zafir un Mago,

hundió su mano prestigiosa en ella,
y para darte sér dijo: «Camina!»
y brotó una onda azul con una estrella.

TRAJE BLANCO

VI

Tu cuerpo, fino y lánguido, se vela
con una veste—nívea cual ninguna—
que al rayo de la luz finge la estela
que forma el remo en diáfana laguna.

Cuando estatuariamente se modela
en torno de tu sér, es como una
evanescente irradiación de luna
que retiene cautiva a una gacela.

Blanca tú, blanco el traje en que te envuelves,
no se si estás desnuda o si en tu traje
como en una nevada te disuelves.

Muchas veces al verte en mi ansia loca,
he pensado que bien puede un celaje
de luna, deshojarte si te toca...

(Del volumen *Para leer en la tarde*, Bogotá, 1921).

MIGUEL RASCH ISLA

POR ANTONIO GOMEZ RESTREPO

El título que Miguel Rasch Isla ha dado a su volumen de sonetos, corresponde muy bien al carácter dominante de su poesía. Así como los sonetos de José Eustasio Rivera resplandecen con fulgores de mediodía tropical, los de Rasch Isla recuerdan esos crepúsculos vespertinos, ricos de tintes suaves y delicados, de matices evanescentes, que dejan en el alma y en los ojos una grata impresión de melancólica armonía.

Del libro de Rasch Isla podemos repetir lo que en pasada ocasión dijimos del de Rivera: es un libro de verdadera poesía, española y original, escrito en arrogantes versos castellanos, de corte castizo pero de sabor moderno y en un estilo que no necesita de clave para su acertada interpretación y cabal inteligencia. Sus sonetos brillan con el primor y delicadeza que en su ejecución ha puesto el artista.

Rivera es un poeta predominantemente objetivo; Rasch Isla cultiva el lirismo subjetivo. Pero así como de las poesías de aquél no está ausente su personalidad, que a veces se destaca con pujante energía, así la inspiración íntima de Rasch Isla se aviva con el contacto del mundo externo, con la contemplación apasionada de la naturaleza, que presta al poeta colores y armonías y el rico tesoro de imágenes y comparaciones que dan forma concreta y viva a las vagas e íntimas emociones, a las sutiles impresiones del artista soñador.

Los sonetos de Rasch Isla forman un cancionero de amor; no componen un poema narrativo; expresan emociones. Por su lectura sabemos que el poeta ha amado intensamente, y que como tantos otros, lleva en su corazón y en su mente la imagen de una amada imposible, que no ha influído materialmente en su existencia, pero que ha sido estímulo poderoso para su inspiración. Rasch Isla es un poeta sincero; sus versos son el eco de pasiones hondamente sentidas. No ha inventado, como recurso poético, una mujer ideal: ha transformado en poesía el recuerdo que una mujer real ha dejado en su memoria.

Rasch Isla es poeta idealista, pero no con ese idealismo falso y frío que en vez de sentir, ergotiza sobre el

amor y que saca a la mujer de la esfera de lo humano y de lo real, para trasladarla a las frías regiones de la abstracción metafísica. Es idealista porque ve en la mujer, no sólo el aspecto sensible, sino el intelectual y afectivo, y lleva al amor, junto con el ardor de la sangre, el rendimiento caballeresco que es propio de los poetas de esta escuela. Por lo demás, la delicadeza de tacto de un artista puede dar forma puramente estética a lo que expresado trivialmente parecería un atrevido movimiento de la pasión. Hasta el desnudo puede tratarse con casta intención, y hay gran diferencia entre la Venus de Milo con su noble serenidad y la Venus Calípiga, con su provocativa y sensual actitud.

La poesía amorosa, con tendencia idealista, arranca de la Edad Media y tiene en el *Canzoniere* del Petrarca su más alta representación. La estrella del cantor de Laura ha brillado, durante siglos, sobre poetas de diversas razas, como Herrera, Ronsard y Sidney, en el Renacimiento, y como Leopardi, Lamartine, Shelley y Rosetti en los tiempos modernos. ¿Cómo puede alcanzarse la novedad con temas en que han ejercitado su inspiración muchas generaciones de grandes poetas? Aun cuando los asuntos sean, sustancialmente, unos mismos, se diversifican hasta lo infinito, gracias a los grandes artistas, que los renuevan por el sentimiento y los hacen suyos por medio de la expresión. Hasta en el timbre de los versos se revela la sensibilidad peculiar de cada poeta; con mayor razón se trasluce en las imágenes que prefiere para encarnar su pensamiento; en las comparaciones a que acude para ponerlo de relieve y en esos rasgos enérgicos y decisivos, que a modo de relámpagos, iluminan los hondos abismos del alma.

La vuelta del poeta a los lugares que fueron teatro de sus ya muertos amores, tema muy explotado en todos los tiempos, y que trató Petrarca en sus melancólicos sonetos de Valclusa, inspiró, en el siglo pasado, tres de las más bellas elegías que tiene la poesía moderna: el *Lago*, de Lamartine; la *Tristeza de Olimpio*, de Víctor Hugo, y el *Recuerdo*, de Alfredo de Musset. El asunto es análogo, pero la inspiración tan distinta, como lo fué el carácter de los tres excelsos líricos. El platonismo amoroso es el alma de las *Elegías*, de Fernando de Herrera, y también lo es del *Epipsichydion*, de Shelley, en cuyos encendidos versos luce y centellea; y sin embargo, nada hay tan diverso como el genio del poeta español y el del inglés.

Gusta Rasch Isla de envolver sus cuadros y sus figuras en resplandores de luna: pero no cuando el astro nocturno se ostenta amarillento y tétrico, embozado en fúnebres vapores, sino cuando vierte luz serena, que parece inmaterializar los objetos. Su musa bien podría ir en el cortejo que preside el ángel a quien caracterizó Dante con aquellas divinas frases: *creatura bella, bianco vestita*.

Hay en la poesía de Rasch Isla un fondo de desencanto, de pesimismo, no trascendental y filosófico, sino personal y casi instintivo, basado en su propia y desengañada experiencia. Esa melancolía tiñe de tinte crepuscular no pocos de sus versos y contrasta con el vigor varonil que anima y exalta al poeta en los momentos de lucha. No es Rasch Isla un espíritu risueño, ni



MIGUEL RASCH ISLA

Autor del volumen de sonetos *Para leer en la tarde*, cuyo envío no sabemos cómo agradecerle lo bastante.

su musa es jocosa ni humorística. El amor sin esperanza; lo incierto del porvenir; las ilusiones extinguidas: la dureza del desengaño, hallan acentos patéticos en sus versos. ¿Y no es la musa de la tristeza la que ha inspirado a los poetas de todos los tiempos notas más altas y humanas?

Sobresale Rasch Isla por la delicadeza del sentimiento, que se traduce en una exquisita delicadeza de expresión. Así como otros sorprenden con rasgos desmesurados, con imágenes enormes, Rasch Isla sabe llegar al corazón con acentos íntimos, tanto más intensos cuanto menos estruendosos, y con miniaturas de extraordinario primor. Tiene el arte de las comparaciones breves y sugestivas, que valen por un poema. Véanse estos versos del soneto *Traje olvidado:*

Pendiente de polvosa colgadura,
tiene hoy—por los recuerdos que revela—
esa como orfandad que hay en la tela
en que se va apagando una pintura.

El final del soneto *Como dos velas* tiene un final muy propio del hijo de la costa, acostumbrado a espaciar sus ojos por las dilatadas perpectivas marítimas:

Sin embargo, seremos cual dos naves
que hacia el mismo confín, por apartadas
rutas fueran marchando paralelas,

y que, en mitad de las tormentas graves,
viéranse, aunque distantes, hermanadas
por la visión de sus remotas velas...

Hay otra vigorosa impresión marítima en el soneto intensamente triste, que se titula *No puede ser:*

¡Adiós! Mi desamor está sediento
pero no de tus aguas. Tú has llegado—
cual procelaria errátil contra el viento,—

hasta mi corazón, sañudo y grave,
y es más lóbrego el mar desamparado
si bajo el huracán lo cruza un ave.

El siguiente soneto—bello ejemplar de la inspiración idealista de nuestro poeta — se cierra también con una gentilísima comparación:

Esta ilusión fué un rayo de la aurora
perdido de mi vida entre la bruma:
copo sutil de fugitiva espuma,
sombra fugaz de un ave viajadora.

La vi morir de súbito, señora,
pero su muerte al corazón no abruma;
la ilusión es esencia que perfuma,
mejor cuando del alma se evapora.

Hoy sólo siento en mi interior aquella
vaga inquietud del niño que delira—,
dormido en un jardín—con una estrella;

que intenta asirla en su infantil anhelo,
y de repente, al despertar, la mira
no ya en su sueño infiel sino en el cielo.

Hay en Rasch Isla — y estos versos lo demuestran — bajo una forma castiza, un fondo romántico; como suele ocurrir con todos los poetas en quienes predomina el sentimiento. El romanticismo es pasión; y sin ella, no existe la poesía amorosa. Pero Rasch Isla no expresa sus emociones en la manera tempestuosa, apasionada e hirviente de los grandes poetas de la época romántica—en nuestro entender los más grandes líricos que ha visto el mundo—sino en una forma más templada, más contenida, de matices más tenues y tonos más suaves, de acuerdo con el gusto que ahora predomina. Su libro no es solamente una colección de buenos versos, sino la historia sentimental de su alma de poeta. Y esto hace su mayor encanto.

(*Cromos*, Bogotá).

CARABOBO

(NARRACION HISTORICA)

POR RICARDO J. ALFARO

(Concluye. Véase el número anterior).

EL CUADRO DEL VALENCEY

EN medio de aquel pánico hubo un cuerpo que sostuvo muy alto el honor del ejército vencido. El batallón *Valencey*, fuerte de mil plazas y comandado por el bizarro Coronel Tomás García, se mantenía a retaguardia cubriendo el camino real de San Carlos a Valencia. Era el único que se conservaba intacto y que faltaba rendir, dispersar o destruir. Cargaron contra ellos las legiones patriotas. Pero aquellos valientes formaron en cuadro y emprendieron la retirada disparando incesantemente, y sin abrir un claro en sus filas. Compacta y sólida como un bloque macizo, aquella masa humana se movía sobre la llanura como un gran navío vomitando fuego por sus costados. Maniobraban con majestuosa lentitud en medio de orden y disciplina admirables, conservando su formación a pesar de las fieras embestidas de mil lanzas llaneras que se esforzaban en vano por romperla. Dos veces llegaron a perder la formación en columna cerrada, pero no tardaron en rehacerse y continuaron batiéndose en retirada con impavidez asombrosa.

En aquella persecución encarnizada fué muerto el General Cedeño. El comandaba la reserva, pero su temperamento fogoso no le permitía resignarse a la inacción y a ser espectador pasivo de una refriega heroica en que ansiaba tomar parte. Empuña la poderosa lanza y acomete las filas impertérritas del *Valencey*. Su denuedo le ciega. Olvida que es jefe de una División y busca la lucha cuerpo a cuerpo como un simple soldado. Y después de ejecutar múltiples proezas detiene un momento al pie de un arroyo su caballo de batalla. Quiere dar al noble animal un instante de descanso y tomarlo también él para continuar la persecución con mayores bríos. En esos momentos es cuando recibe en la frente una bala que deja sin vida al «bravo de los bravos de Colombia».

En las mismas circunstancias alcanzaron muerte gloriosa Plaza y Mellado. Acompañaba el primero a Páez en sus cargas contra los batallones *Barbastro* y *Valencey*. En una de las acometidas cayó mortalmente herido por una bala enemiga. Mellado embestía junto con Rondón la izquierda del cuadro realista. En un momento en que Rondón se le adelantó, Mellado exclamó: «Delante de mí, la cabeza de mi caballo». Hundió sus espuelas en los ijares y se precipitó sobre las bayonetas enemigas. En ellas quedó clavado el corcel. El guerrero que lo montaba cayó al suelo atravesado por siete proyectiles.

La persecución se tornaba en algo como un frenesí. Había empeño en destruir aquel batallón que representaba el último núcleo de la resistencia realista. Los asaltantes se movían sin concierto. Grandes masas de infantería se disgregaban. Parte de los batallones seguían en la persecución y parte quedaba rezagada. Dejaban a retaguardia grupos considerables de prisioneros. La confusión cundía. La batalla estaba ganada, pero se corría el riesgo de perder los frutos de la victoria. Fué aquel un momento oscuro. Bolívar recordaba la acción de Semén perdida por falta de orden después de estar ganada. Fué menester que el Libertador en persona, dando voces de mando y recorriendo el campo al galope se dedicara a restablecer la disciplina. Los cuerpos desordenados recobraron su formación. Cada cual ocupó su puesto. Renació la calma y la persecución continuó metódica y disciplinada.

Era imposible que la infantería republicana, fatigada por las penosas marchas que había hecho y por el duro combatir, pudiese sostener el paso del enemigo en retirada. Por otra parte la caballería sola no podía alcanzar resultado decisivo combatiendo al arma blanca contra un batallón de primer orden que hacía con sus fusiles fuego mortífero. Era necesario igualar armas: infantería contra infantería. Ya el *Valencey* había ganado mucho terreno y el Libertador quería evitar a todo trance su entrada en Valencia para que no pudiese refugiarse en Puerto Cabello. Entonces dispuso Bolívar montar a la grupa de la caballería los inf ntes de los batallones *Rifles* y *Granaderos de la Guardia*. Las cabalgaduras con dobles jinetes alcanzaron a los realistas en los corrales que quedan en los suburbios de Valencia. Entrada ya la noche atacaron estas fuerzas de nuevo al valeroso batallón, pero García logró rechazar esta última acometida. Pasó por Valencia, pernoctó en la montaña, recogió los dispersos qué se habían disgregado y al día siguiente entró en Puerto Cabello con la mayor parte de su efectivo. En sus bravas filas hallaron refugio Latorre y su Estado Mayor. El heroísmo admirable del *Valencey* realizó en Carabobo episodio culminante que honra por igual a vencedores y vencidos.

LOS FRUTOS DE LA VICTORIA

LA guarnición que ocupaba a Caracas al mando del Coronel Pereira evacuó la capital al saber el desastre de Carabobo. Bolívar y Páez entraron a ella el 29 en medio de los trasportes de regocijo de los patriotas caraqueños. La Guaira capituló pocos días después. De la famosa expedición pacificadora que Morillo había traído de España sólo quedaban los 900 hombres que salvó García de Carabobo. El ejército de 10,000 soldados qte mandaba Latorre tres meses antes había dejado de serlo, según frase lapidaria de Bolívar. Quedaban también las columnas de los coroneles Tello y Lorenzo, pero acosadas por los republicanos no tardaron también en buscar refugio detrás de los muros de Puerto Cabello. En el resto de Venezuela el pabellón de Castilla era sostenido únicamente por guerrillas y montoneras.

La trascendencia de Carabobo fué pues inmensa. Honda la repercusión que tuvo en todos los ámbitos de Colombia. Bloqueado Puerto Cabello, Venezuela y Cundinamarca quedaban en aptitud de operar sobre el Istmo de Panamá, sobre Quito, sobre el Perú. El problema dejaba de ser la libertad de una comarca para convertirse en la libertad del continente. El Congreso tributó los honores del triunfo a Bolívar y homenaje sentido a la memoria de los valientes que rindieron la vida en la épica jornada. Páez fué ascendido al grado de General en Jefe ofrecido por el Libertador sobre el mismo

campo de batalla. A todos los individuos del ejército victorioso se les concedió para llevar sobre el brazo izquierdo, un escudo de distinción que en el centro de una corona de laurel ostentaba este mote glorioso: «Vencedor en Carabobo. Año XI».

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE CARABOBO

MÁS que una gran batalla, juzgándola por la fuerza de los ejércitos combatientes, por el número de los muertos, por la cantidad de los heridos, por la fiereza del choque, Carabobo, como hecho de armas, fué una afirmación incontrovertida de la Independencia. Más que el resultado de una campaña militar, Carabobo fué la culminación de un apostolado. En Carabobo no se exterminó un ejército: se destruyó una causa política. Las tropas españolas no fueron acuchilladas como en Junín, ni fogueadas como en Boyacá, ni sorprendidas como en las Queseras. Fueron simplemente atacadas con coraje inaudito, dispersas, diseminadas, arrojadas a los cuatro vientos. Fué un gran derrumbamiento. El poder realista desvencijado bamboleó y se vino a tierra cuando la acción de Carabobo puso de manifiesto conjuntamente el genio del Libertador, las virtudes militares de sus lugartenientes, el arrojo de sus soldados, el desprestigio de la causa monárquica y la adhesión popular a la causa republicana. Los peninsulares se sentían cansados, agotados en aquella lucha titánica que mantenían en vano contra un enemigo tenaz, cuya fuerza progresaba día por día. Los realistas americanos abrieron los ojos a la luz. La lucha del hermano contra el hermano comenzaba a repugnar a los criollos que combatían la libertad política de su propio suelo. Las conveniencias o pasiones momentáneas cedieron el campo al imperio de los nuevos y santos principios proclamados por la revolución. La deserción se hizo incontenible en las filas del Rey. La situación de España no le permitía enviar nuevos refuerzos. Era evidente que no se podía luchar más. Los esfuerzos serían ineficaces. Esta gran verdad necesitaba un suceso que la pusiera en evidencia. Carabobo fué la confirmación formidable de esa verdad. El 24 de junio de 1821 Bolívar rubricó con la punta de su espada el acta de independencia de Venezuela y trazó en el libro del porvenir los nombres inmortales de Bomboná y de Pichincha, de Junín y de Ayacucho.

(Envío de G. MCKAY).

PRETEXTOS

POR RAMON VINYES

[De Barranquila, Colombia, nos envía su colaboración el eximio Ramón Vinyes. EL REPERTORIO está de plácemes. Y también lo estarán nuestros lectores cuando aprecien lo que vale la colaboración de este raro estudioso, tan poseído de altas inquietudes, tan sutil y profundo en sus pensares. Como él han de llegar otros, hasta que el REPERTORIO sea lo que anhelamos: el punto de cita de los más selectos espíritus de las cuatro Españas].

ANDRÉ Gide ha escrito *Pretextos*. La amplitud sugerente de la palabra nos ha tentado.

Escribiremos también Pretextos. Pretextos al margen de un libro leído. Pretextos al margen del día que pasa.

Nos gustaría poder poner un precepto en cada una de las hojas del calendario ideal...

¿Preceptos?

Sí; ¡Preceptos!

Una gran comprensión sin reglas, puede marcar una regla. El tanteo de buscar lo que es valor puede servir de norma.

No patrocinaremos *un arte*. Rendiremos culto al arte.

¿Inteligencia? ¿Sensación?

¡BELLEZA!

Belleza múltiple, heterogénea. Belleza única en sus facetas múltiples.

Muy viejos y muy nuevos: sin anarquizar, sin momificarnos.

Hemos visto correr el agua, tan igual siempre, tan distinta siempre.

Hemos escuchado el rumor del viento, tan monótono para el indiferente y tan vario para el que sabe escuchar.

Hemos meditado en la noche, envueltos por diversas oscuridades.

Hemos leído lo que la palabra no acierta a decir.

Por todo eso convertiremos en deber el abrir los ojos, el aguzar el oído y el cultivar la mente.

La luz de nuestra mesa de estudio se enciende junto a la ventana...

Y lo visto y lo oído, diremos que debe acrisolarlo la inteligencia y pulirlo el criterio. También pediremos una disciplina.

Pero, aunque preferimos el genio ordenado al genio desordenado, hemos de preferir el genio desordenado al ordenado con único mérito de saber ordenar. No colocaremos ni a Miguel Angel ni a Wagner en el infierno. Comprensión. Amplitud. Exigencia de belleza. Discrepancia con todos los que nos hablen del hombre para estudiar una obra. Odio a las escuelas por las escuelas. Odio a los que carecen de espíritu. Fervor por las realizaciones.

Tu nombre—¡Oh Zeus!—padre inmortal, vaya escrito al frente de nuestros *Pretextos*.

PLEGARIA

¡Oh Zeus! Que no persigamos la onda fugitiva como Tántalo. Que, como Ixión, no estrechemos entre los brazos las nubes engañosas!

Micha Salticoff, humorista ruso

GIUSTI nos habló de *il dolore che par sorriso*. Cuando empezamos a leer a Salticoff, sabíamos que su humorismo —todos los críticos rusos están conformes en que Salticoff es humorista—, difería de los humorismos conocidos; que no podía tampoco traducir el dolor que parece sonrisa del Giusti,—¡latinidad, eslavismo!—, pero nunca hubiéramos podido imaginar que, ni en Rusia ni en ninguna parte, se llamara humor al análisis llevado a lo inverosímil, la descarnación enseñada, a la rebusca de la angulosidad, al saber sacar a luz el más pequeño detalle antipático.

Ni en «El Asilo Monreno», ni en «El señor Tasckentzi», ni en «La Gente Culta», ni en «El Pasado de Poscechon», se muestra el autor ruso tan *humorista* como en su obra maestra «La Familia Golovlioff»... Y el *humorismo* en «La Familia Golovlioff», es un viento tétrico que viste la osamenta sin carne de los personajes.

Unos implacables rayos X revelan la caricatura interna, la deformación incurable, el horrible mascarón que llevamos dentro. La insistente, la porfiante luz, no deja sin aclarar uno de los resortes que mueven nuestros actos. Salticoff es maestro en el bárbaro enfoque que descarna. Salticoff, mañeramente, aplica su reflector para que ni un detalle escape de la deformación.

«La Familia Golovlioff», —familia de almas muertas,—¡oh Gogol!—, tiene un parentesco con los Rugons de Zola; con una diferencia esencialísima: En los Rugons hay restos del corazón sentimental de Zola, que no quería ser sentimental: en los Golovlioff no hay nada del corazón del autor ruso... Y esto es lo que constituye su tétrico humorismo: sonrisa de contracción, alegría de mueca; humorismo bien difícil de comprender para los que no somos eslavos; humorismo clinical. Salticoff es un médico que, en la mesa de disección, sabe mostrar a sus oyentes, impertérrito e irónico, toda tara humana.

Para nosotros un borracho que pasea por una habitación sórdida y oscura, mientras cae nieve y más nieve sobre una llanura sin fin, es algo que des-

consuela, no que hace reír; para nosotros, las agrias discusiones entre un hijo y una madre, por razón de pequeños intereses, es algo antipático, no algo alegre; para nosotros una familia que acabe toda ya suicidándose, ya por la tisis, es una familia infeliz, no una familia regocijante.

Sólo podía ser Rusia la creadora de este humorismo sombrío. En nuestros tiempos bárbaros era grato el bufón. Sus jorobas le daban derecho a descubrir las fealdades invisibles de los que le rodeaban. ¡Y se reía a cada tara descubierta! En la Rusia primitiva y bárbara el bufón no existe, ni hace falta. Todos tenemos nuestra giba interna y hemos de ser nosotros nuestros bufones. Para Salticoff el espectáculo de la miseria humana es el que hace reir. Un humorismo especial que, en vez de alegrar, se siente como un golpe de maza clavera.

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

Nieves incendiadas

POR SAMUEL VELÁSQUEZ

En uno de los pueblos que con íntima confianza, como si estuvieran recostados al vellón de un cordero, se han levantado junto a la base de los nevados del Ruiz, vivía Jacinto, un mozo de veinticinco años, altanero, levantisco y hermoso, que no tenía más embeleso que el de hacerse querer, sin darle a nadie íntegramente su corazón.

Y se encantaba cuando sabía que dos o más chicas de las que manoseaban perlas, o de las que trajinan escaleras abajo, se iban a la greña, disputándose la real hombría del Apolo de parroquia; y así iba camino de su juventud, mecido en lánguido columpio de caricias, sin que saltase al huerto otro gallo de plumas tornasoles a picotear las flores que a diario le ponían a Jacinto las muchachas en el altar.

Mas sucedió que llegó al pueblo una viuda, seductora como una fruta que va a caer de la rama a fuerza de madurez, seria y misteriosa; dueña, pues, de tres anzuelos en que le dió por picar a Jacinto, hasta que se quedó colgado de uno, atravesadas las agallas con una certeza mortal. Y resultó que el cóndor de los amplios aletazos topó al fin con una águila de pico fuerte y corvo como una media-luna de oro, que lo obligó a plantar en seco encima de la roca de la desesperación. Estaba enamorado el dios de provincia con toda la ingenua sencillez de un hijo de las sierras, hasta sentir a todas horas el corazón hinchado de lágrimas y un infinito deseo de eliminarse de entre los vivos, porque la viuda, avisada y lagarta, lo llevaba a rienda corta, dándole apenas gotas de miel del panal de sus encantos.

La madre naturaleza se había encargado de vengar a todas las muchachas que suspiraban por el indiferente mancebo.

Las cosas así, le vino en antojo a la viuda trasladarse a su pueblo, fronterizo al de esta historia, separados los dos por los altos murallones de las nieves del Ruiz, por sobre los cuales culebrea el camino que va del uno al otro. Y un día se madrugó en compañía de un su hermano, dejando a Jacinto sonámbulo de tristeza y rondando al borde de la cascada del suicidio. El mozo pasó la mañana bregando por ahogar su desventura en un piélago de bebidas turbulentas, pero era el caso que a cada instante la pena tornaba a ponerse a flor de corazón, como el salvavidas que, hundido a la fuerza en el agua, en cuanto lo sueltan, sube como una flecha a recobrar su puesto.

Desesperado el mancebo, y cuando apenas le faltaban metros al sol para esconderse, ensilló un caballo que tenía, trémulo de nervios y elegancia, y hala que te vas, como un centauro, detrás de la divina ladrona de su tranquilidad.

Andando, andando casi a vuelos no se fijó en que la noche lo iba aprisionando en tumbos de sombra, y cuando menos pensaba en ello, se encontró con que iba pisoteando las áridas estepas del Ruiz, a cuyo frente y a pocas cuadras quedaba la solitaria blancura de las nieves eternas, por sobre las cuales tenía que pasar. El frío lo acribillaba como un aguacero de púas, y para remate, empezó a caer una helada inmisericorde que, como una invasión de mariposas blancas, fué borrando linderos, frailejonales, caminos y contornos, hasta que quedó toda la cordillera como una tumba gigantesca.

Sin embargo, el caballo, ágil y valeroso, arrojando por la nariz trémula dos chorros blancos de aire caliente y vital, iba rompiendo con los cascos la coraza de plata de la montaña, hasta que al fin llegó a punto en que se detuvo; arqueando el cuello, tendió las orejas hacia adelante y dijo de un modo casi humano:—Por aquí, no; hay un abismo. Dió una vuelta, girando en las patas traseras, y al seguir por otro lado, volvió a exclamar con un resoplido: — Por aquí, tampoco; esto es una grieta insondable. Probando salida por todas partes, se plantó al fin en un punto, con ser que Jacinto le rasgaba los ijares a espolazos sonoros, salpicando las nieves con rubíes de sangre.

Allá lejos, el hondo silencio de las noches eternas, roto a veces por el berrido simultáneo de una cuadrilla de leones; como paralizada procesión de monjes encapuchados de blanco, melancólico reguero de frailejones silenciosos; la mudez infinita, la negación de la vida, un paso de ahí a la muerte; y sin embargo, el mozo a horcajadas en su corcel palpitante, no se daba cuenta de aquel frío extraterrestre, embelesado con la llama crepitante y dorada que le abarcaba el corazón y con la cual se sentía capaz de fundir todas las nieves de las cordilleras y del polo. Pero no pudo dar un paso más camino de su felicidad, porque el caballo se negó prudentemente a seguir, a sepultarlo en una grieta azul de esas que forma el hielo rajadizo, insondables y misteriosas.

Inmóvil, pensativo y enamorado, pasó la noche sobre el corcel, que al fin hizo de su cuerpo una carruja, agachó las orejas y se dió a protestar en silencio contra aquella crueldad.

Por último vino el alba y derramó una tímida aguada de carmín sobre la cordillera marmórea, y caballo y jinete se orientaron del camino, y vuelta otra vez a las zancadas y galopes, y saliendo el sol, tibio y cariñoso, después de esa gélida noche, se presentaba Jacinto radiante y vivaz en el pueblo de su amada.—Pero si ella se vino ayer con un hermano, le decía a una vecina alarmado y empalidecido.

—Puede ser, pero aquí no ha llegado.

—Usted la conoce, señora, por Dios?

—Como a mis manos; al que no conozco es al hermanito.

—Cómo que no? Un sujeto blanco, de ojos verdes.

—Acabáramos! el amante que la sigue a todas partes, adorado por ella; qué niño más inocente que éste!

—Esto sí es frío en medio de tanto sol,—dijo Jacinto—al revés del incendio de anoche, en medio de tanto frío!

Y se quedó desabrochando la cubierta del revólver.

(*El Gráfico*, Bogotá, 1919).

Costa Rica en el Centenario

Por MANUEL SAENZ CORDERO

NOTA. — Una de las formas en que mejor podemos celebrar el Centenario de nuestra Independencia es estudiando y divulgando su pasado. Invitamos a las intelectualidades del país, especialmente a las jóvenes intelectualidades, entre las cuales hay tantas capacitadas para ello, a que sacudan su pereza, su gran pereza, y escriban como dice Lugones su Mensaje al mundo.

La generación de grandes ciudadanos a que pertenecieron don Francisco María Iglesias, don Joaquín Bernardo Calvo, don Manuel Argüello Mora, don Felipe Mora, don León Fernández, don Juan Fernández Ferraz, el señor Obispo Thiel, don Manuel de Jesús Jiménez y a que pertenecen don Cleto González Víquez, don Ricardo Fernández Guardia, don Francisco Montero Barrantes, y algunos pocos más, queda sin sucesores.

A nuestro humilde juicio, como el ciudadano puede probar su amor a la Patria y justificar su capacidad para servirla, es demostrando a la Nación misma su familiarización con su historia y con los problemas que razonablemente deben preocuparla.

Los tesoros escondidos nada valen. Los hombres que guardan el caudal de su sabiduría entre las cuatro paredes del cráneo, menos significan que el más oscuro maestro que comparte sus conocimientos con su pequeño auditorio. El Centenario debe encontrarnos a todos de pie. Costa Rica necesita escribir con tal motivo Su Mensaje al Mundo, y Costa Rica somos nosotros.

Los apuntes históricos que a continuación publicamos no tienen gran mérito: la Historia no se inventa. Nuestro esfuerzo sólo se ha dirigido a enumerar los principales acontecimientos nacionales del primer siglo de Independencia y a dar a conocer las articulaciones que los relacionan. La idea principal es que estas líneas sirvan para quienes nos estudian afuera y para quienes como nosotros ahora, busquen más tarde fuentes de información.

SERÁ de gran interés para el lector que nos siga con algo más que una simple curiosidad, saber que todo lo que la República de Costa Rica pueda exhibir con motivo de su primer centenario, es la obra exclusiva de los costarricenses. Basta con demostrar que ya en 1864 sólo habían en Costa Rica 2653 extranjeros y en 1892, 6289. El dato a 1921 no lo hemos podido obtener en la oficina de Estadística, pero por la inscripción de ellos en sus respectivos Consulados podemos fijarlo en unos 25,000.

Don Juan de Dios de Ayala, el penúltimo de los Gobernadores españoles, en su informe de 13 de noviembre de 1818 afirma que la población de Costa Rica en esa fecha era de *cincuenta a sesenta mil almas*. No deja de ser interesante recordar la distribución entonces de este puñado de colonos en nuestro territorio, porque ello nos sirve para determinar la trayectoria de su desenvolvimiento, tanto en aquella remota época como en los años que la sucedieron. Así podemos observar que muchas poblaciones de importancia en los últimos años del coloniaje y los primeros de la independencia desaparecieron poco después absorbidos por nuevos Centros Cívicos que hoy figuran en primera línea. En orden de importancia podemos enumerarlos así:

AÑO DE 1821

		HABITANTES
1	San José	15,472
2	Cartago	11,028
3	Heredia	10,809
4	Alajuela	8,027
5	Escasú	2,295
6	Nicoya	1,853
7	Ujarrás	1,590
8	Santa Cruz	1,550
9	Talamanca-Oeste	1,100
10	Barba	1,451
11	Liberia	998
12	Pacaca	978
13	Guatuso	800
14	Térraba	801
15	Orosi	717
16	Bagaces	602
17	Tres Ríos	532
18	Cañas	533
19	Cot	432
20	Aserrí	449
21	Curridabat	375
22	Esparza	300
23	Matina	150

y otras pequeñas poblaciones o caseríos como Boruca, Tucurrique, Tobosi, Quircot, etc., de menos de 225 habitantes.

AÑO DE 1921

	HABITANTES
San José	50,090
Heredia	8,494
Limón	7,795
Alajuela	6,637
Cartago	4,953
Puntarenas	4,343
Paraíso	3,524
San Ramón	3,426
Naranjo	3,054
Santo Domingo de Heredia	2,880
Aserrí	2,616
Grecia	2,613
San José de Alajuela	2,586
Liberia	2,550
Zarcero	2,340
Desamparados	2,187
Goicoechea	2,142
Nicoya	1,970
Guápiles	1,705
Esparta	1,498
Santa Cruz	1,446
Siquirres	1,422

Obsérvese que Matina y Esparza o Esparta que desde la época colonial venían siendo los Puertos de la República (pues Caldera y Suerre eran simples embarcaderos) sólo aparecen con 300 y 150 habitantes respectivamente. Esparza no era ni es una población costeña, pero por estar próxima al mar era un centro aduanero. La explicación de ambos fenómenos debemos buscarla en el miedo a los piratas que repetidas veces las saquearon. Además hay que tomar en cuenta que el principal comercio se hacía todavía en 1821 por tierra con Nicaragua y Panamá. Los principales artículos de comercio eran entonces cacao, dulce y azúcar, harina de trigo y tabaco. El infrascrito recuerda haber conocido muchas personas que le contaron que habían tenido que ir a Nicaragua por tierra, vía Guanacaste, para poderse embarcar. Conviene observar también que, como es razonable suponer, Cartago estaba unida con Matina y Alajuela con Esparza por medio de buenas carreteras, la primera de las cuales fué abandonada al construirse el Ferrocarril al Atlántico, y la segunda, por el contrario, cuidadosamente atendida debido al comercio internacional del café. Es lo cierto que Matina cedió su puesto más tarde a Moin y éste a Limón, y Esparza o Esparta a Puntarenas. Limón y Puntarenas son hoy los únicos puertos de importancia con que cuenta la República y ambos están abiertos al comercio internacional.

La forma en que ésta población total de Costa Rica aumentó, puede observarse en el siguiente cuadro:

Año	1824 (Con la anexión de Guanacaste)	67,144	habtes.
»	1836	78,365	»
»	1844	93,871	»
»	1875	156,634	»
»	1883	182,073	»
»	1892	243,205	»
»	1900	303,762	»
»	1921	500,000	»

Como se vé fueron necesarios 313 años de coloniaje para que Costa Rica alcanzara de cincuenta a sesenta mil almas, en cambio en un siglo de independencia la población ha llegado a medio millón de habitantes.

Con estos datos podemos calcular el promedio anual de población de Costa Rica en éste siglo en 50,000 almas y, partiendo de datos que han sido publicados en *La Gaceta*, el número de hectáreas cultivadas hoy, puede estimarse muy aproximadamente en 1.600,000 hectáreas, que ya es un buen resultado para las labores de un siglo.

Es claro que estas cifras no guardan proporción con las que pueden exhibir en igual tiempo Argentina, Chile, Brasil o México y mucho menos los Estados Unidos, pero hay que tomar en cuenta la concurrencia de la inmigración de habitantes y capitales que se desbordaron sobre esos territorios, mientras que en lo que a Costa Rica se refiere esos factores apenas comenzaban a distinguirse.

Va a hacer un siglo que Costa Rica nació, sin saberlo, a la vida independiente. La noticia del suceso no la conoció sino un mes después. Para ser libre no dió un solo grito ni disparó un tiro, fué una consecuencia inesperada de los sucesos en España, y en el Norte y Sur del Continente Americano.

Recordemos que España había dado al Nuevo Mundo lo mejor de su sangre y la más indómita energía de sus hijos y guerreros; había alimentado con su savia toda la epopeya de la conquista y para desarrollarla y defenderla de las fuertes asechanzas internacionales de Inglaterra y Francia había descuidado su propio solar. Así la sorprendió el Emperador Bonaparte a principios del siglo pasado.

Washington en el Norte, y Bolívar en el Sur, levantaron el estandarte rojo de la revolución emancipadora, y la poderosa Albión y el Gran Imperio «en cuyos dominios no se ponía el Sol» aceptaron el reto, pero la tesis la libertad dictó sus condiciones de paz, lo mismo en Londres que en Madrid.

Fué entonces cuando la ciudad de Guatemala, Centro hasta entonces de la Capitanía General de las provincias del Centro vió el 15 de Setiembre de 1821 nacer el sol de la independencia. Constituidas dos años después en República Federal las antiguas colonias duraron en esa forma de Gobierno hasta 1838, iniciando en esta fecha y conservando hasta hoy, a pesar de las diez y seis tentativas habidas para reconstruir la vieja Federación, la vida de las Repúblicas autónomas.

Diego de Nicueza (1508-1511) fué el primer Gobernador de Costa Rica. Don Juan Manuel de Cañas (1819-1821) fué el último. En total 63 Gobernadores en 313 años de coloniaje.

Don Juan Mora Fernández (1824) fué el Primer Presidente del Estado de Costa Rica. Entre él y el actual Presidente don Julio Acosta García, se han sucedido 29 jefes de Estado, contando en este número los que ejercieron el mando dos veces como Carrillo, Jiménez y Guardia. En total 33 períodos presidenciales en un siglo.

Conviene observar que entre el último de los Gobernadores y el primero de los Presidentes ejercieron el mando «Las Juntas de Gobierno» y que fué en éste corto período inicial de Gobierno libre cuando ocurrieron estos importantes asuntos:

a) La adhesión de Costa Rica al Imperio Mexicano de Itúrbide el 10 de enero de 1822, que duró hasta 1823 que cayó Iturbide;

b) La primera guerra civil (de Cartago y Heredia contra San José y Alajuela), y

c) El traslado de la Capital de Cartago a San José.

Desde el punto de vista de su soberanía inmanente, Costa Rica puede hacer resaltar en esta oportunidad cuatro acontecimientos importantes más:

La anexión de la Provincia de Guanacaste;

El Pacto Federal de 1824, y su ruptura en 1838;

La demarcación definitiva de sus fronteras;

La guerra del 56 y 57 contra William Walker, y

Su levantamiento en armas en 1885 con motivo del proyecto de Justo Rufino Barrios de hacer la Unión de Centro América a la fuerza.

La simple enumeración de estos segundos cuatro acontecimientos, nos permitiría seguir adelante en nuestro programa, pero queremos advertir que su solución satisfactoria fué motivo de hondas preocupaciones nacionales y de inmensos sacrificios de vidas y dineros, que debemos agradecer a nuestros mayores y recordarlos como ejemplos saludables de su amor a la Patria y a la Libertad. Es que el costarricense a quien generalmente se acusa de pasivo y discreto, que cuando en 1821 le dijeron *vea el sol de la libertad*, todavía dió tiempo a que se *despejará los nublones del día*, que en todos los trascendentales actos de su vida se ha manifestado sereno y calculador como un inglés, cuando llega el minuto de las grandes resoluciones es indomable.

Decíamos pues que el antiguo Departamento de Guanacaste fué incorporado a Costa Rica.

Este territorio pertenecía a la entonces Provincia de Nicaragua. «En 1820, dice el historiador don Ricardo Fernández Guardia, bajo el Gobierno Colonial, el Partido de Nicoya y los pueblos de Santa Cruz y Guanacaste (Liberia) fueron agregados a la Provincia de Costa Rica para la elección de un Diputado a Cortes. Realizada la independencia, estos pueblos manifestaron en 1824, por medio de un plebiscito su voluntad de seguir unidos a Costa Rica, y en 1825 el Congreso Federal decretó que el partido de Nicoya debía continuar separado de Nicaragua y agregado a Costa Rica, mientras se fijaban los límites definitivos de cada uno de los Estados Federados. Esta delimitación no se hizo y de hecho permanecieron dichos pueblos unidos a Costa Rica».

Es esta en realidad la única adquisición territorial que ha hecho la República durante el siglo de independencia y en verdad que cada día es de más importancia. La Península de Guanacaste cierra el espléndido Golfo de Nicoya a donde se encuentra Puntarenas, y dada la apertura del Canal de Panamá y la perspectiva de abrir otro canal interoceánico por el río de San Juan, la importancia estratética de este golfo, salta a la vista. Además las llanuras del Guanacaste constituyen hoy por hoy el único centro ganadero del país.

El otro punto importante que conviene hacer resaltar es la demarcación de las fronteras con Nicaragua y Panamá, en cuanto fué motivo de grandes desavenencias con dichos Estados; la última de las cuales la acabamos de presenciar este mismo año a propósito de la ejecución de los laudos Loubet y White.

La frontera con Nicaragua quedó definida desde el año 1858, por el Tratado Cañas Jerez de 15 de abril, celebrado durante la presidencia de don Juan Rafael Mora. Sin embargo este Pacto fué muy pronto objeto de interpretaciones, y con este motivo revivieron las antiguas querellas de límites. Para zanjar estas dificultades se sometió el punto de interpretación al fallo del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Grover Cleveland, quien dictó su sentencia favorable a la interpretación de Costa Rica el 15 de abril de 1888.

En cuanto a la frontera del Sur la discusión se mantuvo en un principio con la República de Colombia, dueña entonces de la Provincia de Panamá, hasta la celebración del Tratado de 1896, durante la Administración del ex-Presidente Yglesias, en virtud del cual se convino en someter la demarcación de la frontera al laudo del Presidente de Francia don Emilio Loubet, quien dictó su fallo el 11 de septiembre de 1900 sin dejar conformes en su totalidad a ninguna de las partes contendientes.

Cuando en 1903 Panamá proclamó su independencia de Colombia, el Gobierno de don Ascensión Esquivel abrió negociaciones al respecto con el Gobierno del nuevo Estado, las cuales culminaron, bajo la Administración del Licenciado don Cleto González Víquez, con el Tratado Anderson Porras de 17 de marzo de 1910, en virtud del cual se mantuvo como *definitiva* la línea Loubet, desde Punta Burica hasta Cerro Pando, y se convino en someter la demarcación del resto de la frontera al fallo del Chief Justice de los Estados Unidos, quien dictó su sentencia, también favorable a la interpretación de Costa Rica el 12 de setiembre de 1914. Sin embargo Panamá haciendo poco honor a su palabra, y a pesar de haberse estipulado en el convenio arbitral «que la sentencia se tendría como definitiva», se negó a cumplirla, y en este estado las cosas llegó el año 1821.

Cuando el 8 de mayo de 1920 don Julio Acosta se hizo cargo del Poder, el infrascrito ya era Subsecretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, y estaba en consecuencia en condiciones de saber que este asunto se definiría durante la Administración del señor Acosta. El problema se revivió con el envío en febrero de 1921 de una pequeña expedición de sesenta policías costarricenses a río Coto, territorio indisputablemente costarricense de acuerdo con el Tratado Anderson-Porras, pero ocupado por autoridades civiles de Panamá. El Gobierno de esta República, sin que mediara la menor protesta de su parte, copó con fuerzas superiores este piquete y recibió a tiros los dos piquetes más, de igual número, que iban a reforzar al primero, ocasionándoles unas 30 bajas. En estas circunstancias el Gobierno de Costa Rica, como justa represalia, ordenó que fuerzas costarricenses en número de mil quinientos hombres atravesaran de todos modos el puente internacional sobre el río Sixaola y ocuparan la población de Almirante, frente a la ciudad de Bocas del Toro, lo cual se llevó a cabo sin resistencia de parte de los panameños. Fué entonces cuando el Gobierno de los Estados Unidos ofreció su mediación amistosa en el incidente (que fué aceptada por Costa Rica), en la inteligencia de que los laudos Loubet y White serían ejecutados. La característica de este movimiento fué el entusiasmo patriótico y el espíritu de sacrificio de que hizo derroche el pueblo costarricense. Todo el mundo acudió voluntariamente a tomar las armas y las primeras fuerzas que salieron de la capital las componían jóvenes de la primera sociedad de San José y provincias. Entre ellos iban como simples soldados varios Generales y ex-Secretarios de Estado. La historia hará justicia al Presidente Acosta por la energía y discreción con que puso fin para siempre a las enojosas cuestiones de fronteras que costaron a la República más de dos millones de dólares y algunos cientos de vidas.

Respecto a la guerra que la República sostuvo en 1856 y 1857 contra los filibusteros capitaneados por William Walker, parece obvio detenerse en ella por ser historia del dominio público. Un monumento erigido en el Parque Nacional de San José el 15 de septiembre de 1895, a los héroes de la guerra, y otro erigido en la ciudad de Alajuela el 15 de septiembre de 1891 al soldado Juan Santa María, conmemoran esa epopeya. El héroe conserva en su mano la mecha legendaria con que en un arranque de patriótica soberbia, y al precio de su vida, dió fuego al Mesón que hacía de parapeto a los agentes de la esclavitud de los Estados del Sur de la Federación Norteamericana.

Lo mismo podemos decir del acontecimiento de 1885, cuando Justo Rufino Barrios, Presidente de Guatemala, cometió el error de pretender hacer la unión de Centro América a la fuerza.

———

A los acontecimientos anotados conviene agregar ya uno más: el cultivo del «grano de oro», como se ha dado en llamar el café.

A iniciativa de la Escuela Normal de la ciudad de Heredia se celebró el 29 de junio último, en dicho establecimiento la fiesta del *Centenario del café*. Con ese motivo el *Diario de Costa Rica*, publicó muy importantes trabajos acerca del cultivo de ese grano en Costa Rica. Infortunadamente sólo se refieren al origen de dicho cultivo y no también al desarrollo de esa industria, acerca de la cual haremos a continuación algunas observaciones más, que tal vez no carezcan de interés, no tanto ahora, como en los tiempos futuros.

El Licenciado don Cleto González Víquez, ha demostrado que el café fué introducido a Costa Rica de Jamaica en 1808, por el Gobernador colonial don Tomás de Acosta (1796-1810), y su cultivo especialmente divulgado por el padre Valverde. Calvo, en cambio, afirma en sus apuntaciones sobre Costa Rica, que el café vino de la Habana a este país importado en 1790, es decir, 18 años antes, en unión del mango y de la canela, cuando era Gobernador de esta provincia don José Vázquez y Téllez (1789-1797).

El año de la independencia, Costa Rica ya exportaba café, aunque es de suponer que fuera en libras y en vía de ensayo.

Así parece desprenderse del acta, un poco oscura, del Ayuntamiento de Cartago, de 9 de julio de 1821, que dice: «Que resultando del renglón del café, pronta *exportación de él con alguna utilidad al público* se encargue por esta corporación a los celadores de cada barrio la propagación de esta cementera en los respectivos barrios».

Igual iniciativa resulta del acta de la Municipalidad de San José, de 29 de junio de 1821.

Según Calvo, hasta en 1832 se enviaron a Chile los primeros sacos de café por el alemán don Jorge Steepel, pero debieron ser muy pocos, porque Stephens en su libro «Incidentes de un viaje por Centro América, Chiapes y el Yucatán, N. Y., 1841», dice que la cosecha total no pasaba, siete años antes (1833), de 500 quintales y se suponía que la del que estaba en curso (1840) iba a llegar a más de 90,000 quintales. Pero en este cálculo hay indudablemente error. Probablemente quiso decir 9,000 quintales, por estas razones:

R. G. Doulop que estuvo en Costa Rica en 1845, dice en su libro, *Travels in Central América*, Londres 1847. Este año (1845) las exportaciones de café han sido de unos 50.000 quintales y se espera que llegarán a 100,000 quintales dentro de tres años.

Desde luego queda comprobado el error de Stephens, puesto que si en 1845 la cosecha fué de 50,000 quintales, no es dable suponer que en 1840 fuera de 90,000. Pero las esperanzas de Doulop de que la cosecha de 1848 llegara a 100,000, fueron soprepasadas, pues si hemos de creer a don Felipe Molina (*Bosquejo de la República de Costa Rica*, N. York, 1851), la producción de café ese año fué de 150,000 quintales, estimados a $ 6.00 el quintal puesto a bordo; y agrega: la cosecha de este año (1851) se calcula en 200,000 quintales que han obtenido el precio de $ 8.00 al costado del buque.

El año 1851, ya era conocido nuestro café en Europa. Así lo afirma el mismo señor Molina, que era Ministro de Costa Rica en Europa al decir ese año: «El café pocas veces llega sin deterioros a Europa: de 1848 a 1849 (es decir en un año), entraron a Puntarenas 70 buques con 7,188 toneladas y si ponemos otro tanto—agrega—de exportación, y 1,200 toneladas por el comercio de Matina, tendremos 15,571 toneladas en su conjunto del movimiento mercantil».

Efectivamente, Puntarenas fué habilitada en 1840, año en que se abandonó Caldera, por malsano; pero la Aduana estaba en la Chacarita sobre el Estero, adonde solo podían cargar los veleros, pues los vapores de algún calado tenían que anclar cerca de la *Punta*.

Conviene recordar en estao casión, que Puntarenas alcanzó tal importancia en tan poco tiempo, que en 1854 don Ricardo Farrer construyó entre Puntarenas y La Barranca un tranvía de sangre, es decir, *la primera línea férrea de la República*, que fué sustituída en 1879 por el ferrocarril a vapor de Puntarenas a Esparta (21 kilómetros, 726 metros), que aún existe.

El aumento progresivo de la exportación de café a partir de 1840, se debe sin lugar al impulso que Carrillo le dió con sus leyes, entre las cuales figura su decreto, de 17 de julio de 1840 destinando los terrenos de Pavas (lado Oeste de San José) a este cultivo.

Es indiscutible que las primeras matas de café se cultivaron en Cartago, pero que por los años 40 y 50 la mayor producción la dió San José. [1] De aquí pasó el cultivo a Heredia cuyas tierras resultaron espléndidas para ese objeto. Antes de que tal cultivo se implantara allí, sus principales productos eran la caña, para cuya elaboración habían por el año de 1800 más de cien trapiches (Fernández Guardia), y el trigo, especialmente en Santo Domingo

Es una lástima que la Estadística no pueda venir en nuestro auxilio. Habría sido muy interesante conocer los datos de la producción exacta de café de los años de 1830 a 1883 en que se fundó dicha oficina, por que ella nos habría proporcionado ahora documentos oficiales acerca del desarrollo de este cultivo y en consecuencia de la riqueza pública de este país.

Hay pues oscuridad acerca de este asunto en los 53 años a que aludimos. Es desde este punto de vista de gran interés la información en que nos suministra el señor Gonzalez Flores en su estudio sobre el café acerca de que por los años de 1844 a 1845, el Capitán William Le Lacheur [2] comandante del Bergantín *Monarch* hizo el primer embarque de café de Costa Rica a Inglaterra probablemente por cuenta de don Santiago Fernández, quien había comprado gran parte de la cosecha a $ 5.00 el quintal puesto en Puntarenas. Desde luego estos viajes se hacían por el Cabo de Hornos en un plazo de cuatro a cinco meses.

Con los datos anteriores y los que hemos podido obtener de buena fuente, podemos reconstruir el cuadro de exportación anterior a 1883, así:

1831	250 qq.	(Cálculo)	543 K.	10 H.
1833	500 »	(Stephens)	500 »	20 »
1840	9,000 »	(Stephens)	19,448 »	362 »
1845	50,000 »	(Doulop)	108,600 »	2,000 »
1848	150,000 »	(Molina)	325,800 »	6,000 »
1851	200.000 »	(Molina)	434,400 »	8,000 »

(1) Solamente don Juan Rafael Mora cosechó el año de 1848, 7.000 quintales y exportó a Inglaterra y Francia en compañía de don Vicente Aguilar 30.000 quintales.

(2) Padre de Mr. John y abuelo de Mr. William, que vive en San José.

A partir de 1883 ya la Estadística nos da los datos ciertos:

AÑOS	KILOS	AÑOS	KILOS
1883	9.202,726	1902	13.749,100
1884	16.629,521	1903	17.332,613
1885	9.150,897	1904	12.578,425
1886	9.037,050	1905	18.047,539
1887	13.081,921	1906	13.774,258
1888	10.313,082	1907	17.325,531
1889	12.947,607	1908	8.977,531
1890	15.394,589	1909	12.030,104
1891	14.142,189	1910	14.396,926
1892	10.798,036	1911	12.641,156
1893	11.442,041	1912	12.237,875
1894	10.776,763	1913	13.019,059
1895	11.089,532	1914	18.717,068
1896	11.715,801	1915	12.206,357
1897	13.871,363	1916	16.843,782
1898	19.486,125	1917	12.267,203
1899	15.366,671	1918	11.451,719
1900	16.100,905	1919	13.963,473
1901	16.574,025	1920	13.998,150

Tomando la última exportación, tenemos 13.998,150 K. equivalentes a 304,307 quintales. La producción de una hectárea de café en Costa Rica, es muy variable. Por el año 1895, mi padre tenía en Heredia unas cien hectáreas de café, algunas de las cuales le producían hasta 35 quintales de café oro: otras, en cambio, sólo producían 10. En las tierras nuevas como las de Turrialba, la producción de 35 quintales por hectárea es corriente: pero los terrenos de Heredia, San José y Alajuela, no dan ya un promedio de rendimiento de más de 10 quintales por hectárea.

Tomando esta cifra como base, y a falta de datos más precisos, podemos fijar la producción en 1920, así:

Cantidad exportada.....	304,307 qq.
Reservada para el consumo	15,000 »
	349,307 »

que dividida por diez no da 34,930 hectáreas, en que estimamos los cultivos en 1920.

Probablemente la extensión cultivada llegó en 1917 a 40,000 hectáreas, pero conviene advertir que al declararse la guerra europea el alza en el precio del dulce y sobre todo en el azúcar, indujo a muchos agricultores a arrancar el café para sembrar caña. Además, hay que tomar en cuenta que los cafetales se envejecen y se gastan, y como desgraciadamente la tierra no se abona, la producción disminuye rápidamente.

Al paso que esta industria va, Costa Rica habrá antes de 25 años dejado de figurar como productor en gran escala. Es este un serio problema que conviene resolver cuanto antes.

(Continuará).

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.............. ¢ 0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.. 1-25
Para el extranjero, el número suelto.......................... $ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)... 4-50 » »
La página de avisos, por inserción........................ 20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

COMISION DE LIMITES ENTRE COSTA RICA Y NICARAGUA

(Véase el artículo de don Manuel Sáenz Cordero)



De izquierda a derecha: Santos Buitrago, Félix Cacciatore, Ingeniero J. A. Urtecho, Dr. Salvador Castrillo (Presidente de la Comisión de Nicaragua), Gral. E. P. Alexander, Ingº Lucas Fernández (Presidente de la Comisión de Costa Rica), Francisco Cordero, José C. Muñoz.

Nota bibliográfica

POR R. BRENES MESEN

Alsino, por PEDRO PRADO. Editorial Minerva, Santiago de Chile, 1921.

DELANTE de este libro, el mismo turbador problema!

Esta sed de saber, no satisfecha nunca; este amor de belleza que se ahonda y se ennoblece con los días; esta ansiedad por correr las aventuras del espíritu por encima del arco de las cascadas donde se despeñan las aguas fugitivas de las cosas que pasan; esta hambre de esperanza de una nueva época que traiga en cinta una más feliz Humanidad: todo esto hallará la palabra embrujada, el sortilegio arcano en las páginas de este libro? Porque al libro de arte no nos allegamos con el alma vacía: le traemos la fragancia de nuestro incienso o la mirra de nuestra amargura o el esplendor de nuestro oro.

Y la venturosa fortuna de querer leer como un poeta o un compositor, que es creando sobre el *leitmotiv* del autor la fantasía original, produciéndose así esa bella obra compleja que deja cuajadas las márgenes de las páginas, de árboles y caminos, bosques y conventos o catedrales, ventanas de casas solitarias, techos en ángulos huyentes, como alas de golondrinas en viaje o rostros y cuerpos de mujeres que guardan distantes parecidos con las mujeres amadas.

Y la no menos feliz ocasión de leer como un crítico, del crítico que ha visto fenecer, de muerte violenta, unas tras otras, todas las reglas que en otro tiempo, como vengativas Euménides, torturaban en el potro y la rueda, la fecunda osadía del artista que las violaba. Con la vergüenza de ver nacer de cada santa regla violada la belleza de una nueva obra de arte. De reglas violadas nacieron las escuelas y los grandes artistas que las desposaron.

Muerta está asimismo la técnica que pretendió vivir y reinar separada del Arte; se ha llevado Caronte en su barca todas aquellas figuras del lenguaje y del estilo, que con nombres helénicos, se disputaban el encanto y la integridad de la obra de arte. Difunta está la pretendida doctrina de

que el talento y el genio se explican por la raza y el medio y el tiempo, o que aquellos explican éstos, como si precisamente no consistiese la peregrina grandeza de ellos en salirse de su tiempo, de su medio y, con harta frecuencia, de su raza.

Pero cuanda al final, se ha leído así, la dificultad más grave se ofrece por sí misma. ¿Qué decir del libro leído? Lo que soñábamos mientras las márgenes del libro iban oscureciéndose bajo los signos, a veces rúnicos, que nuestra derecha anotaba en éllas? Sería eso, quizás, la sustitución del pensamiento del autor con el pensamiento nuestro; presentaríamos un libro diferente. ¿Y el juicio acerca de la obra ajena? Si el crítico posee el equilibrio del alma que requiere un juicio después de la lectura de un libro de carne y de ensueño, hágale en buena hora.

Que de esta vez el hado de *Alsino* ha dejado toda una tarde de lluvia en mi ser, pues hay algo de sombrío y grave, de melancólico y grande, de ideal y realidad en las páginas de esta novela-poema.

La primera parte de *Alsino* es un dolor sollozado. Del limbo, en donde la Noche y el Destino guardan todos los infortunios para los hombres que ceñirán a las arcangélicas, a manos llenas los toma y disemina sobre sus vidas el hado de los grandes.

Y son jorobas las ansias contenidas del vuelo. Aquellas dotes por las cuales la humanidad reconocerá a sus mejores representantes, suelen ser las jorobas que más atormentaron a quienes las poseyeron. Sus oscuros y angustiosos comienzos, los impulsos aparentemente ciegos del destino, sabios, sin embargo, como todo cuanto baja de las estrellas; dificultades y durezas en la vida externa a fin de fermentar mejor y más largo tiempo el generoso vino que surgirá de sus entrañas doloridas; finalmente, la fuga del hogar paterno como primera liberación del alma, todavía no comprendida. Aquí en esta parte, yo he pensado en *El hombre que ríe*, pero también en las vidas de tantos grandes hombres: Strindberg, Ibsen, Juan Pablo, Novalis, Rousseau, Shelley, Cervantes, Shakespeare, Bocaccio.

La segunda parte se abre con la escena del viejo educador de tordos. Que el viejo Nazario, como tantos otros educadores en el mundo, quiebra las alas a los tordos para que jamás alcen el vuelo y las gentes les juzguen bien educados. *Alsino* aprende que para educar [seres] con alas, hay que romper los delicados huesos que las soportan. Pero la indecible delicia de sentir crecer sobre los hombros las alas. Alsino experimenta esa angustiosa delicia. Alas reales se agitan bajo sus ropas. La joroba que los demás ven es el arranque de las alas. El sentimiento de la liberación se alza en su alma y canta la liberación de todas las cosas. Cuando concluía la lectura de este canto a la alegría de sentirse nacer las alas, pensé largo tiempo en esta forma de evolución regresiva, en la apariencia, pero profética en la realidad. El ansia del vuelo existe ya en la humanidad. La ansiedad creará la función y ésta el órgano correspondiente. Cuando el cuerpo de la carne duerme, el otro hombre, el alto habitante de la carne, vuela. Es este un necesario estadío de evolución del super-hombre por venir.

El primer ensayo de vuelo en persecución del jayán es un capítulo admirable. La vida, la realidad se asocian tan indisolublemente al ensueño que por momentos en nuestra mente, cruza con sesgado vuelo la duda.

Los ruidos confusos del mundo aclárанse para el hombre que ya vuela. Son las voces de las cosas, las palabras y las músicas del Universo: hablan las cosas de la tierra, las del aire, las del agua, las del fuego y de la luz. La profunda sabiduría del Universo se traduce perpétuamente en el ritmo sonoro de todas las cosas en él contenidas. Cuando las alas brotan las armonías se escuchan.

El remonte del vuelo por la primera vez es trágico. Dejar las cosas de la tierra y sentirse sacudido por el viento de tempestad que genera el arrebato del vuelo es de una embriaguez suprema. Los pensamientos se hacen melodía. Lo que tiene vuelo alto y sereno canta. El canto de las águilas no se escucha en los valles.

Los soliloquios de Alsino evocan en mi memoria aquellos otros cantos armoniosos de Maldoror y los de Zarathustra. Pero aquí el modo es jonio: inspira la belleza y la paz. Prado piensa siempre en el genio sin pronunciar la palabra, con lo cual, eliminando un elemento interpretativo, imprime una mayor realidad a su obra.

Las aventuras de Alsino en la soledad de campos y montañas son de una extraña y sugestiva hermosura. Sus cantos poseen todo el ritmo del verso y sin el abuso de hacer concluir los períodos rítmicos en una forma verbal a la manera de Jorge Montemayor y de Cervantes, serían los más valiosos fragmentos de su prosa.

Alsino encuentra inesperadamente, en el corazón del verano y la quietud de un bosque, junto a un remanso, su primera aventura de amor. La joven que ha salido del agua, chorreante de cristal, huye al verle, tropieza y cae. Sobre aquel bello cuerpo desnudo, se tienden vibrantes las alas de Alsino. Cuando el soplo del terrible misterio ha pasado por su ser, emprende nuevamente el vuelo.

Este amor de la carne no es el amor

aún; es el deseo instintivo. El amor grande, el otro, el Eros uranio, nace cuando la delicada alma de Abigael comprende el dolor del Alsino que tiene alas, ahora cortadas por la plebe que no quiere que los hombres vuelen.

Y se suceden bellas páginas de realidad y de elevación como la *Tempestad* y *Soledad* donde hay claros de luz por donde se filtran nácares de ensueño.

Toda la cuarta parte es una creación de la vida de campo en Chile. Quien haya conocido chacras y fundos en el Sur de Chile volverá a sentir en esta sección del libro los aromas y las voces y las imágenes de aquella vida.

La quinta parte es como el quinto acto de una tragedia. El amor insensato sirve de instrumento a la envidia y quema los ojos de Alsino. El ciego se hace vidente: sana los enfermos, se convierte en santuario milagroso de peregrinos. Pero el ansia del vuelo no se sacia. Un día de mayo echa a correr entre los árboles de un bosque, toma, así ciego, el impulso del vuelo y sube. Sube indefinidamente, hasta la altura de los cóndores, y dos veces esa altura. El arrebato de la ascensión le enloquece. Con sus brazos mismos encadena sus alas. Desciende como en un vértigo. La atmósfera incendia, con su frotar prodigioso, aquel cuerpo cayente que las celestes llamas consumen. Sus cenizas quedan flotando dispersas, sobre el mundo.

Es la muerte del fénix, que así se eleva y asimismo se consume por el fuego. Sólo que de sus cenizas juntas nace el nuevo fénix.

Tal es *Alsino*. Una permanente contribución a la literatura de la lengua hispánica.

Hay figuras bien delineadas; algunas con fuerte vida. Alsino mismo pasará a ser una significativa creación mitológica, a la manera de Icaro, con un semejante simbolismo, pero con más humanidad.

El estilo de este libro es bello, casi siempre. Rara vez decae. Los cantos de Alsino poseen el ritmo del buen verso armónico—que suele llamarse, malamante, libre.

La concepción de toda la obra es de una belleza que no perecerá en las letras hispano-americanas, en donde, por la originalidad de la creación central, ocupará un lugar preeminente e indisputado.

Hay una dulce espiritualidad en las más limpias páginas de este sereno libro que se oye con gratitud, como si nos viniesen en el aura las palabras que escribiera el epigramático Anytas: «Quienquiera que tú seas, ven y siéntate a la sombra de este hermoso laurel a oir los rumores de esa fuente y a entonar alabanzas a los dioses».

LOS LIBROS ESENCIALES

Guía para la formación de una Bibliotica selecta

(Véase del número 27).

200 Guyau: *La irreligión del porvenir, El arte desde el punto de vista sociológico, La moral inglesa contemporánea, Los problemas de la estética contemporánea, Esbozo de una moral sin obligación ni sanción, La educación y la Herencia.*
201 Fouille: *Historia de la Filosofía, La reforma de la enseñanza por la filosofía, La moral.*
202 Hoffdings: *Historia de la filosofía moderna, Los filósofos contemporáneos.*
203 James: *La experiencia religiosa.*
204 Valery Radot: *Vida de Pasteur.*
205 Stuart Mill: *Estudios sobre religión, Lógica.*
206 Bergson: *La evolución creadora.*
207 Paul de Saint Victor: *Hombres y Dioses.*
208 Anatole France: *El jardín de Epicuro, La crítica literaria, Los Evangelios.*
209 Piccard: *La ciencia moderna y su estado actual.*
210 Payot: *Educación de la voluntad.*
211 Groussac: *Del Plata al Niágara.*
212 Nietzche: *La gaya ciencia.*
213 Rodó: *Ariel.*
214 Diderot: *Obras escogidas.*

(VAZ FERREIRA)

GUIA PROFESIONAL



LA NUEVA FORMA DEL UNIVERSO

POR JOSE Mª SALAVERRIA

MIENTRAS los hombres se mataban con una verdadera convicción de bestias carniceras, el genio de Europa no dormía completamente. Durante los años de la guerra, en efecto, ha nacido y se ha desarrollado esa invención del sabio Einstein, la llamada doctrina de la relatividad, que a estas horas ha conmovido al mundo de la ciencia.

Al mismo tiempo, otro sabio, Oswald Spengler, publica su libro extraordinario sobre la decadencia del Occidente, en el que expone la teoría del relativismo en la Sociología. De este último libro se han hecho en sólo dos años y medio 22 ediciones, o sean 36,000 ejemplares; y se trata de un estudio sociológico, y no de una novela alegre. Este Spengler, tan famoso hoy, era antes de publicarse su obra completamente desconocido. También Einstein era un sabio inédito antes de que su doctrina cayese en el mundo del pensamiento como una brusca revolución.

La teoría de la relatividad ha trastornado el andamiaje en que se apoyaban hasta ayer mismo los conocimientos humanos; de manera que estamos en plena efervescencia relativista, tal como hace algunos lustros se estaba en pleno fervor darwinista. Pero esta teoría, como ocurre siempre con las ideas de origen puramente científico, penetra en el campo filosófico, afecta a la metafísica y puede producir alteraciones incluso en el mundo religioso. Puesto que todo, cada día más (mecánica, astronomía, biología, psicología, mística), se une y confunde en ramificaciones dirigidas al mismo punto: ensanchar el boquete que conduce al gran misterio de las causas, de los orígenes, del «por qué»...

Por lo pronto, la teoría de la relatividad ha conducido al sabio Einstein a una conclusión enormemente revolucionaria, la única, entre todas las suyas, que a mí en este momento me interesa y apasiona. Resulta, pues, que el Universo es finito. Y siendo finito, posee forma, y puede ser mesurable. ¡Nada más que ante la enunciación de esta posibilidad queda el ánimo suspenso, sobrecogido, porque un tropel de proyecciones ideales se precipita sobre nosotros!

Acerca del universo pensábase antes por la generalidad considerándolo como algo sin forma, sin límites, que se extiende en todas las direcciones hacia el infinito. Estrellas fijas, sistemas solares, nebulosas por todas partes y en distancias relacionadas se multiplican infinitamente. Pues bien, la teoría de la relatividad viene a decirnos que nuestro universo no es una constante y eterna infinidad sin forma, sino que posee forma muy determinada y definida.

La construcción del universo es esferoidal. Pero aunque tiene analogía con una esfera, distínguese de ésta tanto como se diferencia una esfera de un círculo. Para concebir este nuevo orden de ideas, Einstein recomienda que se haga un esfuerzo, un cambio de imaginación, y así, merced a razonamientos por analogía, se llegará a una serie de conceptos claramente determinados acerca de la forma del universo. La exploración del campo donde Einstein hace sus cálculos prodigiosos requiere conocimientos especiales que aquí resultarían improcedentes; bástenos saber que, según esos cálculos, el universo es finito y también calculable. «El universo es ilimitado, porque, dada su construcción esferoidal, por ninguna parte se llega a un límite; pero es cerrado y finito».

¿Qué efecto causa en nuestra mente esta nueva teoría del universo? ¿No es cierto que su finitud viene, como si dijéramos, a regocijar y apaciguar nuestro espíritu? En un universo infinito, eternamente sin límites, sin fin, inconmesurable, ¡con qué terror el alma se despedía de toda posibilidad! Todo era nada en el todo, y el todo era, finalmente, nada... ¿Qué posibilidad religiosa, fuera de un turbio e ineficaz panteísmo, era posible en ese universo uniforme, infinito, desolador?

Nos hallamos, pues, en uno de los momentos más interesantes, más emocionantes. Ideas tenidas hasta ayer por sólidas e inconmovibles, ahora se deshacen, y no sólo en el terreno de la especulación científica, sino en el mundo de la filosofía, en el campo de los problemas espirituales. ¿Tal vez no estamos próximos a asistir a la bancarrota, al fin de la dictadura del materialismo?

Desde luego es evidente que está elaborándose una nueva ideología, y que las conclusiones y las teorías consiguientes vendrán casi en tumulto y con rapidez, haciendo vivo, llenando de interés y emoción el mundo de la inteligencia, que estaba últimamente como amodorrado por el imperativo de unas cuantos leyes dictatoriales. El hombre torna a levantar su mirada hacia el fondo y hacia lo alto del universo. ¡Que no sea todo problemas financieros, conflictos de nacionalidades, temas de industria y de compra y venta! Cuando al ras del suelo, y desde 1914, el mundo ofrece tan pocos motivos de simpatía, es verdaderamente consolador que una parte del pensamiento humano se desprenda de esta torpeza cotidiana y se eleve con un ímpetu animoso hasta el espacio, donde se ocultan los grandes misterios.

(*A. B. C.*, Madrid).

LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD

POR L. BOLTON

En el número del 5 de febrero del año en curso, publica la revista *Scientific American* el artículo sobre la teoría de la relatividad que ha ganado el premio de 5,000 dólares, concedido por el millonario americano Eugene Higgins al que supiese vulgarizar en menos de 3 000 palabras y sin el auxilio del lenguaje matemático los fundamentos de la teoría de la relatividad.

Acudieron al concurso gentes de casi todos los países, hasta de las jóvenes repúblicas de Checoeslovaquia y Yugoeslavia y del Africa del Sur, y no faltaron tampoco artículos procedentes de naciones hispanoamericanas (Chile, Méjico, Cuba).

Ha obtenido el premio de los 5,000 dólares L. Bolton, de Londres, con un artículo de 2,919 palabras, verdadera obra maestra de vulgarización, que ofrecemos a nuestros lectores literalmente traducido.

No era muy conocido el autor de tan notable trabajo. Sólo hemos podido averiguar que está empleado en la oficina de patentes inglesas. También Einstein desempeñó un cargo análogo antes de regentar su cátedra en la Universidad de Berlín.

EL lector estará probablemente familiarizado con el método de determinar la posición de un punto en un plano, por sus distancias a dos ejes perpendiculares; y si el punto está en el espacio, por sus distancias a tres planos perpendiculares entre sí, como lo son las tres paredes de una caja cuadrada que convergen en una esquina. Este método se emplea tam-

bién para expresar las relaciones entre varias cantidades por medio de gráficos o diagramas. Estos sistemas de ejes (este es el nombre que se da a las líneas perpendiculares) y las escalas que se emplean para medirlos se suponen rígidos e indeformables, pues de otro modo no quedarían bien determinados los puntos o fenómenos referidos en ellos. Las longitudes que fijan un punto con relación a un sistema de ejes se llaman sus coordenadas.

Cuando estos sistemas de ejes se emplean para el estudio de fenómenos físicos es preciso añadirles además unos relojes que precisen el tiempo en que ocurre un suceso determinado. Estos relojes deben estar sincronizados y tener la misma marcha; bástenos hacer constar que ambas cosas son posibles sin indicar cómo se logra su realización. Un sistema de ejes, con sus relojes, puede llamarse un «sistema de referencia», y podemos siempre suponer que todo observador dispone de uno de esos sistemas, que participa de su movimiento. Todos los objetos que participan del movimiento del observador pertenecen también a su sistema.

Se presenta la cuestión de si entre todos los posibles sistemas de referencia habrá alguno o alguna especie de sistemas más a propósito que los otros para el estudio matemático de las leyes físicas. La experiencia debe contestar a esta pregunta, y el principio de la relatividad es una teoría que pretende dar la respuesta.

EL PRINCIPIO MECANICO DE RELATIVIDAD

Se ha afirmado que todos estos sistemas de referencia son igualmente adecuados para el estudio matemático de las leyes generales de la mecánica, siempre que su movimiento sea rectilíneo y uniforme y sin rotación. Este hecho está comprendido en el principio general que dice: «Todos los sistemas de referencia no acelerados son equivalentes para el estudio de las leyes generales de la mecánica». Este es el principio mecánico de relatividad.

Ha sido reconocido que las leyes de la dinámica envuelven dos suposiciones:

1ª—Las dimensiones de los cuerpos rígidos no son afectadas por el movimiento del sistema de referencia.

2ª—Tampoco son afectadas por igual causa las medidas del tiempo.

Es decir, que una longitud medida en su propio sistema por dos observadores móviles, aparece la misma para los dos; o de otro modo: que la longitud de un objeto y la marcha de un reloj no se alteran, cualquiera que sea el movimiento del observador. Parecen tan evidentes estas suposiciones, que cuesta trabajo convencerse de que no son más que hipótesis. Y en este caso, además, son falsas las dos.

(Continuará en el próximo número).

Los esquimales

(Concluye. Véase el No. anterior).

Se ve, por lo tanto, que, apesar de todos los estudios realizados, subsiste la incertidumbre acerca de los movimientos emigratorios de los esquimales y sus causas, y para aclarar estas cuestiones, hay que recurrir a datos científicos de toda clase, y seguir los movimientos que se producen actualmente entre los esquimales. Precisamente, se ha señalado ahora la emigración de un grupo de doce familias, que por el estrecho de Smith, se ha dirigido desde el NE de Groenlandia hacia la entrada de Pond Inlet, en la parte N de la Tierra de Baffin, para visitar a los esquimales que allí se encuentran. La mayoría de estos emigrantes son descendientes de los esquimales que durante toda la mitad del siglo XIX, habían partido de este punto, y los nuevos viajeros formaban, por decirlo así, una emigración en sentido inverso a la precedente, y regresaban, por consiguiente, a su morada ancestral.

(Ibérica, Tortosa, España).

Próximas ediciones del señor García Monge

Arturo Torres Rioseco: *En el encantamiento*. (Verso), prólogo de R. Brenes Mesén.
Ricardo Jiménez: *El Colegio de Cartago*.
José Martí: *La Edad de Oro* (Nos. 1 y 2).
Paul Geraldy: *Tú y yo* (Verso). Dícelo en castellano, R. Brenes Mesén.
Juan Ramón Jiménez: *Florilegio*. Selección y Prólogo de P. Henríquez Ureña.
Enrique González Martínez: *Florilegio*. Selección del Autor. Prólogos de A. Reyes y P. Henríquez Ureña.
R. Brenes Mesén: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*.
Mariano Aramburo y Machado: *Discursos*. Selección y prólogo de José María Chacón.
José Ignacio Escobar: *Influjo de la cultura intelectual en la libertad humana* y otros discursos. Selección y prólogo del Doctor Diego Mendoza.
L. Lugones, A. Gerchunoff, E. D'Ors y A. Thomsom: *Emilio Zolá*.
Luis Dobles Segreda: *Caña brava*.
C. Collodi: *Aventuras de Pinoquio*.
José Ingenieros: *Nuevos ideales de la educación. Un moralista argentino*.
Eugenio Mría. de Hostos: *Un discurso memorable*.
F. García Godoy: *Bolívar*.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.